

parlamento de la Nación, las de ataque personal, eran las que mas se admiraban y se deseaba imitar y de las deferencias mas estimadas a los Diputados era que dieran a sus visitantes tarjetas para presenciar una sesión de Cortes. En Alcázar el Perrete acometía de frente, sin miramientos, dispuesto a zalear la presa y obtenía el respeto a su fiereza y el deseo de buscarle las vueltas. Encarnó el espíritu del obrerismo resentido y beligerante de su época acudiendo al estímulo con codicia ciega que no distingue lo dudoso de lo cierto y hace temible la fuerza aunque se salve con el engaño. Pero el Perrete no era malo, era sobre todo alcazareño al que la saña no le pega y se le pasa pronto. Solamente los aires exóticos, de los que ellos fueron las primeras víctimas, pueden cambiar la naturaleza de los acontecimientos.

El análisis de esas influencias extrañas correspondería al estudio no realizado del forasterismo alcazareño, tan antiguo, tan extenso y tan influyente, que no implica solo la presencia del «tío forastero», sino la deformación o transformación propia, implícita en la apreciación de ser el pueblo «un segundo Madrid», con todo lo que encierra de atracción, simpatía y aún preferencia de los modos y maneras, usos y costumbres de todas las partes del mundo, unas veces importados por el residente y otras, las mas, adquiridas en los traslados prolongados y el continuo ir y venir de la mayoría de los paisanos, cada uno de los cuales puede apreciar en sí mismo los cambios experimentados en sus conceptos generales y en su propia existencia, incluida el habla muchas veces.

Francisco sentía la política como Romanones, que era un maestro eminente, dice que se debe sentir, el Perrete, que no conocía esas doctrinas, las practicaba por intuición. Las cuatro reglas de la Aritmética las aplicaba Don Alvaro a la política de la siguiente manera: «suma cuanto puedas, resta lo menos posible, multiplica con cuidado y divide al adversario hasta hacerle polvo». «La sorpresa, agrega, es factor esencial en el triunfo. Cuando veas que tu adversario duda, vacila, revuélvete y descarga el golpe decisivo». Francisco no reflexionaba su decisión sino que se lanzaba al ataque impulsivamente, con la mirada encendida, el belfo amoratado y gordo y la voz tomada por la autenticidad del coraje ciego, como aconseja Romanones: «divide y vencerás», dice el proverbio. Mas si puedes, no emplees tu fuerza en dividir al enemigo, sino en aniquilarle. «La política es una batalla continua. En ella no hay que tener miedo a los golpes que se reciban ni tampoco a devolverlos con la mayor violencia cuando llega el caso».

— — — — —

Ya se había pasado la época del caciquismo a ultranza que lo fue la de Romero Robledo, pero quedaba el sistema y la doctrina, sobre que no le faltaron discípulos aventajados al Pollo Antequerano, como La Cierva, en el cual se dice que descansaba Maura en Gobernación para lograr la mayoría parlamentaria y que en la provincia de Murcia no se nombraba ni un peón sin su conocimiento, como Montero Ríos en Galicia, Borbolla en Sevilla, Romanones en Guadalajara, etc, con luchas feroces que tienen narradas en sus publicaciones y mas o menos